

LA ACTUACIÓN DE LA MARINA EN LA ALGARADA DE CAVITE DE ENERO DE 1872

Manuel ROLANDI SÁNCHEZ-SOLÍS
Geólogo. Investigador Naval

Antecedentes históricos generales

El triunfo de la Revolución de septiembre de 1868 en España, con todo el significado histórico de renovación y modernización del Estado que conllevó, produjo también grandes expectativas e inquietudes, según los casos, en el archipiélago filipino, que constituía uno de los reductos más alejados y olvidados del entramado colonial que aún conservaba España en la segunda mitad del siglo XIX (Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Las Marianas, Guam, Las Carolinas, Palaos, Norte de Marruecos y golfo de Guinea).

Las promesas del nuevo gobierno provisional de «La Gloriosa» (como se denominó a la Revolución de 1868), presidido por el general Serrano y con Abelardo López de Ayala como ministro de Ultramar, de extender las reformas que se iban a implantar en España a todas sus posesiones ultramarinas (entre las que se incluían los derechos de sufragio universal y de libertad de conciencia, asociación, reunión y prensa) fueron recibidas en Filipinas con expectación, aunque también con cierta preocupación por lo que podrían significar en el futuro político del archipiélago.

El principal problema provenía de que los progresistas y los liberales españoles no eran muy populares por aquellos tiempos, en las Filipinas, cuya mayoría de la población se encontraba fuertemente influida por el poderoso clero local, de clara ascendencia conservadora y nacionalista. La primera reacción del pueblo filipino a los nuevos aires liberalizadores fue tan sorprendente como contradictoria. Mientras una importante parte de la población se oponía abiertamente a las nuevas reformas y libertades aprobadas en España y anunciadas por los gobernadores generales del archipiélago de la época, los generales José de la Gándara Navarro (1866-1869), Carlos M.^a de la Torre Navacerrada (1870-?) y Rafael Izquierdo Gutiérrez (1871-1872), iniciaban en la provincia de Cavite, entre diciembre de 1868 y septiembre de 1869, una preocupante oleada de revueltas y atentados; otra, más minoritaria e ilustrada, apoyaba claramente las nuevas medidas liberalizadoras, con manifestaciones de adhesión incluidas, y solicitaba su pronta aplicación en el archipiélago (1).

(1) MOLINA, Antonio M.: *Historia de Filipinas*. Ediciones Cultura Hispánica del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Madrid, 1984, pp. 241 y ss.



Mapa general del archipiélago de las Filipinas. Mapa del libro *Historia de la Infantería de Marina Española* de J.E. Rivas Fabal.

Las esperadas reformas, promulgadas con la bienintencionada pretensión de implantar una administración mucho más tolerante y abierta, que consiguiera corregir los frecuentes abusos y corruptelas de antaño, se llevaron, finalmente, a efecto a lo largo de todo el año 1870, y afectaron, prácticamente, a todos los estamentos de la vida pública en Filipinas (iglesia, justicia, educación y fuerzas del orden público).

Pero el profundo programa de reformas, pretendido y ordenado por el gobierno de Madrid para el archipiélago de Filipinas, resultaba muy dificultoso de aplicar y de desarrollar por las enormes dificultades internas y externas que presentaba. A la complicación que suponía la fragmentación y la heterogeneidad del territorio con más de 7.100 islas, con una gran diversidad étnica y de intereses de todo tipo, se unía la ya comentada oposición de una buena parte de la población nativa, incluida la de la propia administración española, reacia a implantar unas reformas y principios liberales que consideraban perjudiciales para la conservación del archipiélago bajo soberanía española.

A principios de la década de los setenta del siglo XIX, la situación en el archipiélago continuaba siendo más que delicada, con un clero secular todavía

agraviado por sus superiores españoles y de gran influencia entre las clases populares; una población mestiza, de españoles, filipinos y chinos; otra de criollos blancos descendientes de los españoles pero nacidos en Filipinas, que aspiraban a ocupar los principales cargos públicos de la colonia, en su mayoría en manos de peninsulares; y una población multirracial y con diferentes creencias religiosas, filipinos cristianos, filipinos musulmanes y paganos, chinos puros, mestizos de filipinos y chinos; y más de 30 dialectos lingüísticos, que hacían un total de hasta cinco millones de habitantes, con culturas e intereses muy diferentes y complejos, y que apenas se habían integrado en la cultura española, a pesar de los cuatro siglos de soberanía española de las islas, ni se sentían unidos a España y, por lo tanto, muy poco interesados en las libertades políticas que ahora se les ofrecían.

Dentro de esta complicada diversidad nacional, con evidentes diferencias e intereses raciales, culturales, económicos y sociales, que generaban múltiples y continuos conflictos entre las distintas razas y clases sociales, el mayor peligro para la administración española —al margen de los casi 100.000 filipinos musulmanes del archipiélago de Joló, prácticamente en rebelión constante contra España a lo largo de todo el siglo— lo constituía la población mestiza y el clero secular nativo, que, en su mayoría, no se sentían plenamente españoles y que se encontraban claramente resentidos y marginados por éstos, tanto por los privilegios de los que gozaban, como por su continuo trato prepotente y de superioridad, que terminó favoreciendo su progresiva identidad nacional y de oposición al régimen colonial y a los altos funcionarios peninsulares destinados en el archipiélago.

No se aprendieron las relativamente todavía recientes enseñanzas proporcionadas con la pérdida de las colonias del continente americano (1810-1824), en lo referente a las lógicas reivindicaciones participativas de los criollos hispano americanos, y en Filipinas volvió a repetirse el mismo error histórico. Durante todo el período colonial, ningún filipino alcanzó un alto cargo en el archipiélago, quedando relegados a cargos intermedios y menores, y era realmente ilusorio, por imposible, el pensar que una minoría de españoles peninsulares pudiera mantener, indefinidamente, el poder político del archipiélago, sin contar con la valiosa y necesaria lealtad y colaboración de la clase filipina más preparada. Y esta burguesía ilustrada filipina, que por intereses de raza y de clase social (como ocurrió en América tres cuartos de siglo antes), prefería el dominio español a la revolución mestiza, terminaría totalmente desencantada y frustrada con la administración española, y sería la que encabezaría los primigenios movimientos independentistas de 1872, motivo del presente artículo, y, posteriormente, los de finales del siglo (1896-1898).

Obviamente, la política colonial española desarrollada en Filipinas pecó de un grave error de cálculo, sin relación con el tiempo, el lugar y la población nativa existente, y el liberalismo propiciado por la Revolución de 1868 se vería totalmente impotente para imponerse en el archipiélago, al provocar a las clases acomodadas y conservadoras y no llegar a responder a las verdaderas necesidades y reivindicaciones de la mayoría de la población nativa. Y a

este cúmulo de errores políticos históricos se uniría el del planteamiento de la precaria defensa militar del archipiélago, compuesto por más de 7.100 islas, 32 provincias y más de 700 poblaciones, en todo momento insuficiente, tanto frente a posibles agresiones externas, como internas, por la inseguridad que suponía el que la mayor parte de las escasas tropas del Ejército destacadas en Filipinas —aproximadamente 10.500 hombres, repartidos en seis regimientos de Infantería, uno de Artillería, dos escuadrones de Caballería, un batallón de Ingenieros, tres Tercios de la Guardia Civil Veterana, dos escuadrones de Alabarderos y servicios de Administración y de Sanidad Militar—, y de la Infantería de Marina estuvieran compuestas por fuerzas nativas indígenas, cuya fidelidad a sus mandos, en su mayoría españoles peninsulares, siempre resultaba dudosa, sobre todo en el caso de conflicto armado con los nativos (2).



Tropas de desembarco de Infantería indígena durante la segunda mitad del siglo XIX. Dibujo de F. Rueda, del libro *El Ejército español en Ultramar y África*. J. M. Guerrero Acosta.

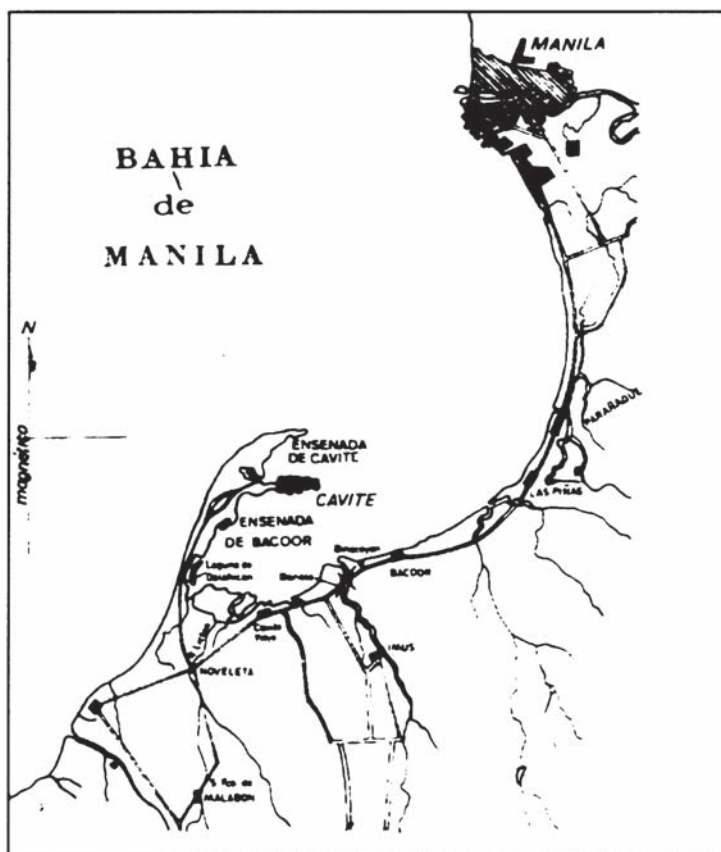
El apostadero de Filipinas y el arsenal de Cavite a principios de los años setenta del siglo XIX

Apostadero de Cavite, estaciones navales y unidades destacadas en Filipinas

A principios de la década de los setenta del siglo XIX, los efectivos militares españoles en el archipiélago filipino seguían concentrándose, principalmente, en la isla de Luzón (Manila y Cavite) y, de forma muy aislada y escasamente significativa, en algunas pequeñas guarniciones de las Visayas, Mindanao y Joló, quedando, prácticamente, desguarnecidas el resto de las islas.

La Marina de Guerra, desde el año 1827, contaba con un solo apostadero en las islas, ubicado en la problemática península de Cavite, en el flanco meridional de la amplia bahía de Manila y entre las dos pequeñas ensenadas de Cavite y Bacoor. Su emplazamiento en una antigua isla unida a tierra artificialmente, a través del istmo de Delahicán, entre los años 1855 y 1859, durante las capitanías generales de Manuel Crespo y Fernando de Norzagaray, era una verdadera ratonera, al ser prácticamente indefendibles sus dos bocas, a pesar de contar con un fuerte exterior para su defensa (el de San Felipe), entre

(2) GUERRERO ACOSTA, José Manuel: *El Ejército español en Ultramar y África (1850-1925)*. Acción Press, S.A. Madrid, 2003, pp. 64 a 74.



Plano de la época de la bahía de Manila, con la plaza y el arsenal naval de Cavite (en su sector central).

el arsenal y la plaza de Cavite, y un baluarte interior de escasa solidez (el de Guadalupe), por lo que los marinos reclamaron, repetidamente, el traslado del arsenal a Subic, cerca de Ologapó, sin recibir, en ningún caso, la aprobación de los sucesivos capitanes generales del archipiélago, ni de los gobiernos de Madrid. No podía, por lo tanto, considerársele verdaderamente como un apostadero, sino, simplemente, como un «establecimiento naval».

Desde este apostadero, o «establecimiento naval» de Cavite, la Marina de Guerra organizó todas las expediciones y operaciones navales de asentamiento que realizaba, periódicamente en el resto de las islas, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XIX (1830, 1845, 1847, 1851, 1852, 1857, 1861-1862, 1864, 1866, 1871 y 1872), que se apoyaron con una serie de modestísimas «estaciones navales» diseminadas por todo el archipiélago, como las de: Isabela de Balisán, Zamboanga, Calamianes, Iloilo, Cebú, Balabac, Pangasi-

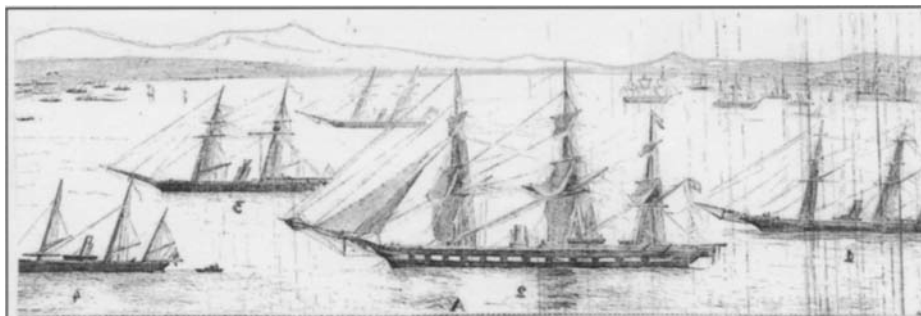


Imagen de satélite, con el detalle de la península de Cavite en la actualidad.

nán, Puerto Princesa, Tawi-Tawi, Joló, Davao, Osilán y Pollok, que disponían, según los casos, de pequeños almacenes, depósitos de carboneo y astilleros; pero que resultaban totalmente insuficientes para consolidar el sistema defensivo del vasto archipiélago filipino (3).

Para realizar la importante labor de defensa naval del archipiélago y de protección contra la constante piratería en Joló, en los primeros años de la década de los setenta del siglo XIX, la Armada española contaba en Filipinas, solamente, con una escuadrilla de buques considerados «coloniales» o de «patrulla de altura», que, salvo en el excepcional caso de la fragata de hélice *Berenguela*, no podían utilizarse como unidades de combate frente a escuadras extranjeras de cierta importancia, y solamente eran útiles para «operaciones coloniales» de policía y contra insurgencia en territorios todavía no dominados completamente. Estas unidades, con la suficiente envergadura, armamento, velocidad y heterogeneidad que convenía a las misiones que debían realizar — en su mayor parte de patrulla y vigilancia de costas, transporte de tropas, escolta de comboyes, ataque a tráfico marítimo enemigo y acciones coloniales contra la piratería y de apoyo a fuerzas terrestres, en muchos casos en intrincados estrechos, lagunas costeras, ríos navegables y zonas, por lo general de escaso calado y difícil maniobrabilidad—, estaban compuestas por un reducido

(3) CERVERA PERY, José: *Marina y política en la España del siglo XIX*. Editorial San Martín. Madrid, 1979, pp. 211 y ss.



Escuadra de Filipinas en la década de los setenta del siglo XIX: con el núm. 2 la fragata de hélice *Berenguela*, con el núm. 1 la corbeta de hélice *Santa Lucía*, con el n.º 3 la goleta *Filomena* y con el núm. 4 el cañonero *Prueba*). Grabado de la época de la ilustración española y americana.

núcleo de buques de cierta envergadura, fragatas, corbetas y goletas, con propulsión mixta de motor y de vela, y sin protección alguna de blindaje «para afirmar la soberanía» y realizar acciones de largo desplazamiento, así como por un grupo de unidades menores y de apoyo, como cañoneros y lanchas artilladas, para labores de policía y contra insurgencia en zonas costeras y del interior.

Entre las consideradas como unidades mayores se contaba, en enero de 1872, con tan sólo un buque de los catalogados como de 1.^a clase en el Estado General de buques de la Armada de 1870: la fragata de hélice *Berenguela*, buque insignia del contralmirante jefe del Apostadero de Filipinas, de 2.600 toneladas de desplazamiento, máquina de 360 c.v. nominales que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de 20 cañones lisos de 20 cm en batería central, y 6 rayados de 16 cm; así como con ocho unidades consideradas de 2.^a y 3.^a clase, constituidas por las modernas corbetas de hélice *Santa Lucía*, *Vencedora* y *Wad Ras*, con desplazamientos próximos a las 750 toneladas, máquina de 160 c.v. nominales que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de 2 cañones lisos de 20 cm en colisa en el centro del buque y 1 liso en colisa a proa y las goletas de hélice —en su mayoría, con casco de hierro—; *Circe*, *Wad Ras*, *Valiente*, *Constancia*, *Animosa* y *Santa Filomena* de 510 toneladas de desplazamiento y máquinas de 100 c.v. nominales, que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de 2 cañones rayados de 16 cm y 1 de 12 cm. En enero de 1872, estas dos últimas goletas se encontraban fuera de servicio y «subidas en varadero» para reparación de máquinas y calderas. En su conjunto, suponían una fuerza naval de 10 unidades, que montaban 33 cañones —23 lisos de 20 cm, 7 rayados de 16 cm y 3 rayados de 12 cm— y llevaban unas dotaciones próximas a los 1.180 hombres, que estaban al mando del capitán de navío Alejandro Arias Salgado Tellez, comandante de la fragata *Berenguela* (4).

(4) LLEDÓ CALABUIG, José: *Buques de vapor de la Armada española: del vapor de ruedas a la fragata acorazada, 1834-1885*. Agualarga Editores, S.L. Madrid, 1997. *Estado General de los buques de la Armada, 1870*.

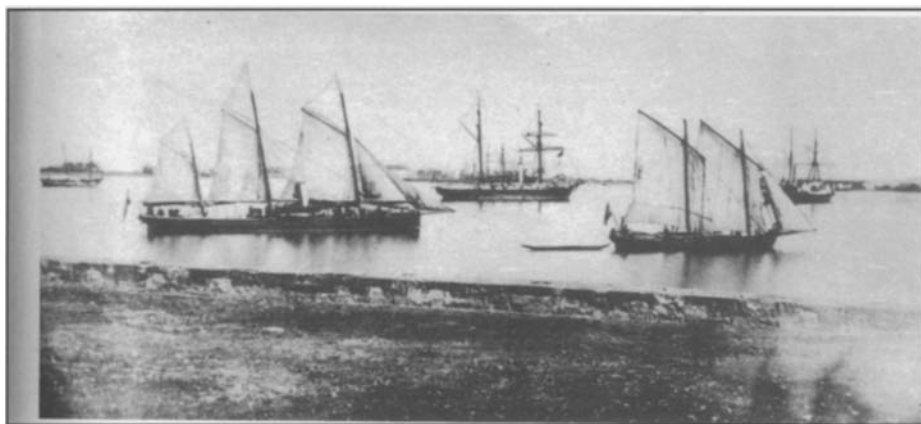


Corbeta de hélice *Vencedora*, con un desplazamiento de 750 toneladas, máquina de 160 c.v. nominales, que le proporcionaba una velocidad de 8 nudos, y un armamento de dos cañones lisos de 20 cm, en colisa y en el centro del buque, y uno liso en colisa y a proa. Fotografía del libro *Buques de vapor de la Armada española*. J. Lledó Calabug.

Por su parte, las unidades menores y de apoyo para la defensa costera, todas ellas consideradas como buques de 3.^a clase, estaban compuestas por media docena de cañoneras de hélice (*Mindanao*, *Panay*, *Albany*, *Arayak*, *Manileño*, *Samar 2* y *Bulusan 2*) pertenecientes a las Fuerzas Sutilas (5), junto con una veintena de lanchas y falúas artilladas, para vigilancia fluvial. Las citadas cañoneras —o «cañoneros» como también se las denominaba— correspondían, en su totalidad, a una serie de unidades construidas en 1860 en Inglaterra y montadas, posteriormente, en Hong Kong, con desplazamientos variables ente 83 y 37 toneladas, máquinas de 20 a 30 c.v. nominales, que les proporcionaban una velocidad de 9 nudos, y artilladas con 1 cañón rayado de 16 ó 12 cm a proa, y, en algunos casos, con otro de 8 cm a popa. En su conjunto, suponían una fuerza de apoyo costero de 7 unidades, que montaban 12 cañones rayados —4 de 16 cm, 5 de 12 cm y 3 de 8 cm— y unas dotaciones próximas a los 290 hombres, bajo el mando del capitán de navío Juan Martínez Illescas, 2.^o jefe del apostadero de Filipinas (6).

(5) Se denominaban «fuerzas sutiles» a las agrupaciones de embarcaciones armadas de muy diverso tipo, formadas para diferentes misiones y apropiadas para necesidades y estrategias locales. La denominación es genuinamente española, al ser los españoles los primeros que las utilizaron en: Gibraltar (1781), Brest y Cherburgo (1799), en los que se conocieron como *flotilles a l'éspagnole*, así como en la defensa de Puerto Rico y Ferrol (1800).

(6) BORDEJÉ Y MORENCOS, F. Fernando: *Crónica de la Marina española en el siglo XIX, 1868-1898*. Tomo II. Ministerio de Defensa, Madrid, 1995.



Goleta *Constancia* (en el medio y al fondo) y diferentes cañoneras de hélice de las denominadas «fuerzas sutiles» del apostadero de Filipinas. Fotografía del libro *Buques de vapor de la Armada española*. J. Lledó Calabug.

Finalmente, y por aquellas mismas fechas, se encontraba realizando labores de investigación en el archipiélago filipino la Comisión Hidrográfica de la Armada, a bordo de la corbeta de hélice *Vencedora*, que, pocos meses después, en septiembre de 1872, sería relevada por la goleta *Wad Ras*, y que, en sus periplos por las costas filipinas, solía ir escoltada por el cañonero *Mindanao* y la falúa núm. 2.

Mandos del apostadero y fuerzas de Infantería de Marina

En enero de 1872 y, desde nueve meses antes, en abril de 1871, la comandancia general del apostadero de Filipinas la ocupaba el contralmirante Manuel Mac Crohon Blake, un gaditano de 56 años, de ilustre familia de militares y marinos (7), que había ocupado diferentes destinos en la Península —Cádiz, Cantabria, Alicante y Sevilla— y en las Antillas; entre ellos, los de ayudante de la Mayoría General del Apostadero de La Habana y la capitanía del puerto de Cárdenas, y participado en la Intervención en Méjico de 1862. Colaboró con la Revolución de septiembre de 1868 en Cádiz desde su puesto de comandante de Guardias Marinas, tras de lo que se le nombró jefe superior del Departamento de Cádiz y del arsenal de La Carraca, y se le ascendió a brigadier. Un año más tarde, en septiembre de 1869, fue ascendido a contral-

(7) El contralmirante Manuel Mac Crohon Blake era hijo del coronel de Infantería del Ejército Eugenio Mac Crohon y tenía otros dos hermanos también marinos: José, diputado a cortes por Málaga y Alicante, durante los años 30 y 50 del siglo XIX, y Rafael.



Oficiales de la Marina a bordo de la fragata de hélice *Berenguela*, en el apostadero de Cavite. Segunda mitad del siglo XIX. Fotografía del archivo particular de la familia Rolandi.

mirante y nombrado comisario militar del Tribunal del Almirantazgo, hasta su nombramiento como comandante general del apostadero de Filipinas, en enero de 1871 y su llegada al archipiélago a finales del mes de abril de ese mismo año, donde sustituyó al también contralmirante Enrique Croquer Pavía (8).

Como segundo jefe del apostadero estaba el capitán de navío Juan Martínez Illescas Egea, quien también ostentaba el mando de las denominadas «fuerzas sutiles» del archipiélago, y como jefe encargado de la Comandancia General de Marina de Cavite, el capitán de fragata Manuel Carballo

Goyos, ferrolano de 43 años y veterano de la Guerra de África (1860) y de las intervenciones en Cochinchina (1863) y de Santo Domingo (1864-1865) (9). En enero de 1872, y por ausencia de su titular, el contralmirante Mac Crohon, y del segundo jefe del apostadero, capitán de navío Juan Martínez Illescas Egea, que se encontraban, desde el 23 de diciembre de 1871 al 17 de mayo de 1872, dirigiendo una nueva operación de castigo contra los piratas de Joló, ejerció el mando accidental de la comandancia del apostadero y sería el encargado de dirigir la defensa del arsenal de Cavite durante la insurrección del 20 al 23 de enero, por cuyos méritos contraídos sería ascendido a capitán de navío.

Otros mandos del apostadero eran, en aquellos momentos, el capitán de fragata Luis Gaminde Torres, comandante del arsenal, también veterano de la Guerra de África de 1860, donde asistió a las batallas de Castillejos y Tetuán y a los bombardeos de Arcila y Larache y de las intervenciones en Méjico (1861), donde fue nombrado gobernador de la histórica fortaleza de San Juan de Ulúa, en Veracruz, y en Santo Domingo (1864-1865) (10); los ayudantes secretarios de la comandancia, los tenientes de navío de 1.^a clase Manuel Mozo Díaz Robles y Jacobo Varela Torres y, como oficiales de órdenes, los tenientes de navío de 1.^a clase Horacio Pavía y, Rodríguez de Albuquerque y Melchor Ordóñez Ortega.

Finalmente, como primer jefe de la Fuerza de Infantería de Marina del apostadero de Filipinas estaba el teniente coronel Olegario Castellani

(8) Archivo Histórico de la Marina. Hoja de Servicios del contralmirante Manuel Mac Crohon Blake.

(9) Archivo Histórico de la Marina. Hoja de Servicios del capitán de navío Manuel Carballo Goyos.

(10) Archivo Histórico de la Marina. Hoja de Servicio del capitán de navío Luis Gaminde Torres.

Marfori, y como capitanes de las compañías indígenas, Pedro Mayobre López, capitán de la 1.^a Compañía Indígena, que actuó como jefe accidental de la fuerza de Infantería de Marina durante los sucesos del 20 de enero de 1872. Estaban, además Santiago Sande Calvo y José Manuel Torres Silva. Esta fuerza de Infantería de Marina la componían unos 400 hombres, en su mayoría indígenas, aunque la oficialidad y la mayor parte de la suboficialidad eran españoles filipinos o peninsulares. Su armamento, en dichas fechas —de acuerdo con el Reglamento de 1870—, estaba compuesto por fusiles y carabinas rayadas Berdan, modelo 1867, dotadas de sablebayoneta modelo 1857, siendo el de los jefes y oficiales el revolver de seis tiros modelo Lefauchaux, y la espada de ceñir «de hoja recta, puño de ébano con emblema en la taza cincelada y vaina de cuero charolado» (11).



Sargento de Infantería de Marina destinado en Filipinas en la 2.^a mitad del siglo XIX. Fotografía del Museo Naval de la Armada en Madrid.

La sublevación de enero de 1872

El origen de la sublevación y planes de los insurrectos

A lo largo del año 1870, y dentro del amplio programa reformista iniciado por el gobierno presidido por el general Juan Prim y con el almirante Juan Bautista Topete como ministro de Marina, se aprobaron los nuevos Reglamentos de Contabilidad para el material de los Arsenales (decreto de 25 de enero de 1870) y las Ordenanzas para el Régimen Militar y Económico de los Arsenales (real decreto de 15 de julio de 1870), que reorganizaron los diferentes ramos de los arsenales navales de la época (ingenieros, artillería, administración, Infantería de Marina y sanidad) de manera más adecuada a las necesidades del servicio que debían realizar. En Filipinas y, más concretamente, en el Arsenal de Cavite, estas nuevas disposiciones, al igual que otras reformas

(11) RIVAS FABAL, José Enrique: *Historia de la Infantería de Marina española*. Editorial Naval. Madrid, 1970.

administrativas emprendidas por los diferentes gobiernos del Sexenio Democrático, fueron recibidas con desagrado, sobre todo, porque suponían que, a partir del 1 de enero de 1871, los obreros del arsenal en su mayoría indígenas deberían sujetarse al pago de tributo y a la prestación personal, perdiendo, con ello, el privilegio de excepción que tenían, desde antiguo.

Los primeros en protestar fueron algunos funcionarios y religiosos españoles partidarios del antiguo régimen isabelino, como el teniente Montesinos, el oficial de Administración Militar, Morquecho y los religiosos Antonio Rufián de la orden de San Juan de Dios y Gómez, prior del convento de los padres recoletos de Cavite, quienes se opusieron abiertamente a las nuevas medidas, aludiendo que el propio gobernador general del archipiélago, Rafael Izquierdo, las había considerado como una «injusticia». Rápidamente, se unieron a las protestas diversos grupos de filipinos descontentos, que quisieron aprovechar la ocasión que se presentaba para ensayar un movimiento insurreccional contra los españoles, cuyo objetivo final era acabar con la administración española y proclamar la independencia de todo el archipiélago.

El complot indígena, únicamente extendido por las provincias de Manila y Cavite, contaba con dos tramas, una militar y otra civil, que, lógicamente, debían actuar de forma coordinada y diligente. En la trama militar participaron los sargentos mestizos Lamadrid, Bonifacio Octavo y Patricio, los cabos de Infantería de Marina Pedro Monosón y Tolentino, quienes fueron los encargados de soliviantar los ánimos y recoger firmas de los comprometidos entre los artilleros del fuerte de San Felipe y en el Regimiento de Infantería n.º 7, que constituían la guarnición militar de dicha plaza, así como dentro del arsenal naval de Cavite e, incluso, aunque con escaso éxito, en parte de la marinería indígena de la escuadra, sobre todo de la fragata *Berenguela*. Otros participantes fueron el cabo 1.º del Regimiento de Infantería Teodoro Real, el maquinista Regino Cosca y el escribiente del arsenal Vicente Generoso. Por su parte, la trama civil estuvo encabezada por los religiosos nativos José Burgos, doctor en teología y cura párroco de la catedral de Manila, Mariano Gómez, cura de Bacoor, Jacinto Zamora Guevara, cura de Quiapo; por los abogados mestizos Regidor, Pardo, Serra y Sánchez; por el dirigente local Eduardo Camerino indultado un año antes por el anterior capitán general De la Torre; y por otros comerciantes locales, como el contratista del arsenal Máximo Inocencio, quien también se consideraba afectado por las nuevas reformas administrativas; y además, Francisco Saldúa que era el más violento de todos y proponía, claramente, «eliminar a todos los peninsulares».

El plan de los insurgentes consistía en aprovechar la salida del arsenal de Cavite del grueso de la escuadra de Filipinas, con destino a Joló — iniciada el 23 de diciembre de 1871 —, con el comandante general del apostadero Manuel Mac Crohon y el grueso de las fuerzas de Infantería de Marina a bordo, para provocar un incendio en Tondo que creara confusión entre las autoridades españolas, al que seguiría un levantamiento general de las fuerzas indígenas del Regimiento de Artillería de Manila, que debía ocupar la fortaleza de la Real Fuerza de Santiago. Por su parte, en Cavite, unos disparos de cañón serían la señal convenida para que se alzaran en armas las fuerzas indígenas del



Maqueta del Arsenal de Cavite hacia mediados del siglo XIX. Museo Naval de la Armada en Madrid.

Regimiento de Artillería del fuerte de San Felipe y de la Infantería de Marina del arsenal, a las que se unirían unos 500 civiles armados dirigidos por Eduardo Camerino. La fecha elegida para el inicio de la sublevación era el domingo 21 de enero de 1871 y la hora prevista las 12 de la noche.

Conocimiento de los planes de insurrección por las autoridades españolas y medidas adoptadas

En la mañana del viernes 19 y, por tanto, dos días antes de la fecha prevista para el inicio de la sublevación, el jefe encargado de la Comandancia General de Marina de Cavite, capitán de fragata Manuel Carvallo, recibió en Manila dos anónimos escritos en los que se le informaba de todo lo que se preparaba (12). El primero de los citados anónimos, decía lo siguiente:

«Manila 17 de Enero de 1872. Sr. D. Manuel Carballo: Por diferentes sexos, clases, oficios y estado, de quien he oído decir que en la ciudad de Manila ha de haber una sublevación altamente extraña el sábado 20 del corriente, a la hora más privada de la noche, que según tratan de hacer conforme al plan manifestado que solo está aguardando que aleje de la bahía el vapor *Valiente*, creo menester resguardar el arsenal con mucha precaución porque es el sitio de la población que más le interesa los atentados, creo que V. con superior alcance sabrá dictar órdenes tan medidas que no de lugar á este tan desgraciado pensamiento. Noticias muy ciertas que da un natural de este suelo».

(12) Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, emitido el 5 de febrero de 1872. *La Gaceta de Madrid*, n.º 84. 24 de marzo de 1872.

Por su parte, el segundo de los anónimos rezaba de la siguiente manera.

«Sr. Capitán del puerto, Comandante general interino: Pongo en su conocimiento que, enterado esta misma noche en el mercado de esta y en las murallas para que el día viernes o sábado de esta semana dará un cañonazo en el fuerte de Manila, señal de una sublevación contra los españoles, logra esta ocasión por no estar toda la escuadra. El que sirve de cabeza de motín es el M.R.P. Burgos en Manila, y en Cavite los sargentos de artillería y cabos de infantería de Marina indígena. Asimismo, Sr. Comandante general, ruega este que suscriba para que mire con atención, y que Dios ayude vuestros pensamientos. Y estas mismas manifestaciones tendrá el Sr. Comandante del arsenal, el Capitán general y el Gobernador de esta plaza. Lo más acertado, señor, resguardar los fuertes de Manila y Cavite con soldados españoles, y que recoja a todos los cabos y sargentos indígenas, siendo el motín ó el que conquista a todos los que están en esta plaza el cabo Pedro y Celestino, de infantería e Marina; que inmediatamente que asegure a los dos, y que ordenen al Gobernador de esta plaza para que haga requisita y prendan a los soldados cumplidos que están en Cavite. El que da noticia es un indio, que desea el bien y la tranquilidad».

Manuel Carballo, a pesar de no dar crédito absoluto a los anónimos recibidos, los remitió, inmediatamente, al capitán general del archipiélago y procedió a adoptar una serie de medidas preventivas que evitaran toda posible sorpresa, procurando evitar, en lo posible, alarmas innecesarias. Sin pérdida de tiempo se desplazó a Cavite, en cuyo arsenal dispuso que todas las guardias se reforzaran y estuvieran mandadas por oficiales peninsulares; que en el cuartel de Infantería de Marina permaneciera un capitán y dos subalternos de manera continua y que el servicio de ronda se hiciera por todos los buques de forma rigurosa. Asimismo, ordenó que pernoctara dentro del arsenal todo el personal militar —incluido el de las unidades navales que se encontraban en carena— y que las armas portátiles de los buques, depositadas y en composición en los talleres de Artillería, se alistasen y repartiesen a cada uno con sus municiones correspondientes.

Ante la ausencia del grueso de la escuadra, que se encontraba, desde un mes antes, en concreto desde el pasado 23 de diciembre, realizando una nueva expedición por el archipiélago de Joló, se ordenó que se mantuvieran totalmente preparados los cañoneros *Samar* y *Bulusan* para actuar en el momento en que se hiciera necesario, y que se botase al agua la goleta *Filomena* —que estaba en varadero para limpiar fondos— a pesar de la escasa marea que había en esos momentos. También, y como medida preventiva, se apresó y se puso bajo arresto vigilado a los citados cabos Pedro y Tolentino, mencionados en los anónimos recibidos, vigilándose también, estrechamente, al resto de los cabos indígenas. Finalmente, se reforzó la vigilancia del río Pasig de Manila con una falúa del crucero de bahía al servicio del corregidor.

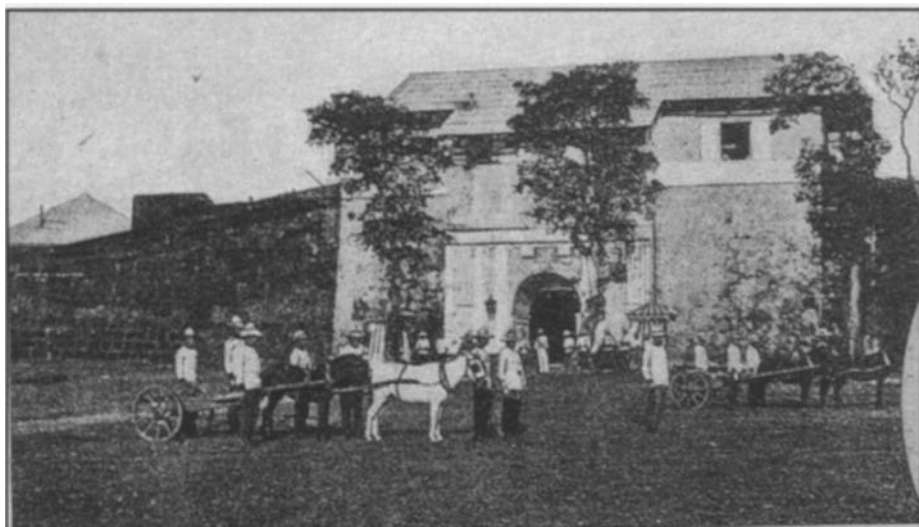


Goleta de hélice *Santa Filomena*, de 510 toneladas de desplazamiento, máquinas de 100 c.v. nominales, que le proporcionaban una velocidad de 8 nudos, y un armamento de dos cañones rayados de 16 cm y uno de 12 cm. Fotografía del libro *Buques de vapor de la Armada española*. J. Lledó Calabug.

Se inicia la sublevación en el fuerte de San Felipe y en el arsenal de Cavite

Los planes inicialmente previstos por los insurrectos sufrieron un ligero contratiempo, provocado por el nerviosismo de alguno de los comprometidos perteneciente al destacamento indígena del 7.º Batallón de Artillería que guarnecía el fuerte de San Felipe, o ciudadela de Cavite. Este batallón estaba compuesto por un teniente y un sargento peninsulares, y un sargento, cuatro cabos segundos, un corneta y 32 soldados indígenas, quienes, al comprobar las medidas preventivas que estaban adoptando los mandos españoles de la plaza, se sublevaron hacia las ocho de la noche del sábado 20 de enero, adelantando con ello, en 24 horas, el inicio de la sublevación. El teniente y el sargento españoles al mando de la fortaleza fueron asesinados en los primeros momentos, al intentar oponerse a la sublevación, junto con una criada filipina, resultando también herida la esposa del teniente e ileso un fraile español. Media hora más tarde —entre las ocho y las nueve de la noche—, los ya sublevados comenzaron a efectuar los primeros disparos de fusil contra el arsenal, como señal de inicio de la insurrección.

En esos mismos momentos, la fuerza de Infantería de Marina que había quedado en Cavite —constituida por tan sólo 54 miembros, en su mayoría indígenas— se encontraba formada en el patio de armas de su cuartel, preparándose para realizar el relevo de guardias del arsenal; pero, al oír los primeros disparos del fuerte de San Felipe, la mayor parte de sus componentes —38 individuos de dicho cuerpo— se unieron a la sublevación e intenta-



Puerta principal del fuerte de San Felipe de Cavite, en el que, a las ocho de la noche del sábado 20 de enero de 1872, se inició la sublevación. Fotografía del libro *Memoria del 98. El País*.

ron eliminar a sus mandos peninsulares y ocupar la cárcel del lugar, al grito de «mueran todos los españoles y viva la independencia», «entablando una terrible refriega con sus oficiales y clases europeas que intentaron contenerlos, en cuya refriega quedaron muertos, como buenos y esforzados el capitán José Torres Silva, el sargento 1.º Miguel Gómez Herrera, herido de gravedad, el teniente Guillermo Herce, que falleció a las pocas horas, y, levemente, el capitán Santiago Sandes» (13). El capitán Torres, el sargento Gómez Herrera y un soldado europeo resultaron muertos en los primeros momentos de la insurrección cuando intentaban contener a los sublevados; mientras que el teniente Guillermo Herce sería herido gravemente, al parecer por los disparos efectuados por el cabo 1.º indígena Justo Lindon, en el momento en que intentaba abrir la puerta del cuartel con objeto de facilitar la entrada de las tropas de Infantería que, presumiblemente, acudirían a sofocar la insurrección.

El capitán Pedro Mayobre López, jefe accidental de las tropas de Infantería de Marina por ausencia de su teniente coronel titular, que se encontraba en la ya mencionada expedición a Joló, pidió, rápidamente, ayuda y el envío de refuerzos al primer jefe del Regimiento de Infantería n.º 7 que guarnecía la plaza de Cavite, el cual, poco después, y al frente de unos 500 hombres, penetraba a viva

(13) Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, ya citado.



Imagen de satélite con el detalle del arsenal de Cavite, en la actualidad, y los restos del fuerte de San Felipe (en color rojo), junto a su entrada de tierra.

fuerza en el cuartel de Infantería de Marina, rompiendo sus puertas con hachas y zapapicos, posibilitado por el comandante del presidio, el capitán de carabineros Guillermo Conesa Navarro, y a pesar del nutrido fuego que desde las ventanas le hicieron los sublevados. Ya en el interior del cuartel, se entabló un duro combate, que incluyó una decidida carga con la bayoneta, tras la que se logró herir o apresar a 13 insurrectos y hacer huir al resto hacia el fuerte de San Felipe. Diez infantes de Marina indígenas que no habían participado en la insurrección, pero que «habían dado muestras inequívocas de estar comprometidos en la sublevación», fueron enviados, de manera preventiva, al cuartel del Regimiento de Infantería n.º 7, quedando 16 soldados de Infantería del Ejército como retén en el recién liberado cuartel de Infantería de Marina.

Casi simultáneamente con estos hechos, los 12 infantes de Marina indígenas que hacían guardia en la puerta exterior del arsenal abandonaron precipitadamente sus puestos y se refugiaron también en la fortaleza de San Felipe, comenzando a disparar contra las tropas leales desde posiciones ventajosas que dominaban, prácticamente, todo el recinto del arsenal.

La primera defensa del arsenal la organizó el teniente de Infantería de Marina Ramón Pardo Pardo, que se encontraba realizando, en esos precisos momentos, el servicio de ronda del recinto naval, mediante la disposición de guardias «listas con armas cargadas y distribuidas para contestar el fuego



Tropas de marinería nativas en la segunda mitad del siglo XIX. Grabado del libro *Filipinas 1847-1851*. A.L. Martín Gómez.

Marengo (14) y el alférez de navío Gabriel Lessenne. Por su parte, los trozos de la goleta de hélice *Animosa*, que se encontraba en varadero, para componer su casco, máquina y caldera, se situaron en retaguardia y estuvieron mandados, alternativamente, por su segundo comandante, el alférez de navío Eulogio Merchán Rico, comandante accidental del buque, por ausencia de su comandante titular, el teniente de navío José Pardo Figueroa, y por el también alférez de navío Eduardo García de Cáceres, y secundados por el contraalmirante Miguel Millón y los terceros habilitados Vicente Acosta y Francisco Elorriaga; así como por diferentes clases y marineros, tanto peninsulares como indígenas. Todos ellos actuaron con indudable valor y evitaron que el recinto del arsenal cayera en manos de los sublevados, destacando, en esos primeros combates, el oficial 1.º del Cuerpo Administrativo de la Armada, Ángel Baleato, que sería herido mortalmente de dos disparos enemigos, mientras desempeñaba una comisión de enlace encomendada por el comandante del arsenal.

que ya hacían desde las murallas los sublevados». Poco después, y al acudir al recinto el comandante del arsenal, capitán de fragata Luis Gaminde, dispuso éste su defensa con la escasa fuerza disponible, compuesta por la marinería de las goletas *Filomena* y *Animosa*, personal del depósito del arsenal, empleados de la maestranza y unos pocos soldados de Infantería de Marina de las guardias y retenes del interior, en total, algo menos de 70 hombres, formando trozos avanzados que distribuyó, estratégicamente, por todo el recinto. En el trozo más avanzado, se colocó el comandante de la goleta de hélice *Santa Filomena*, el teniente de navío de 1.ª clase Pascual Aguado, que muy pronto resultó herido de gravedad y tuvo que ser reemplazado, en un primer momento, por el contraalmirante de dicho buque, José Sánchez Lojo, y, posteriormente, por el oficial 2.º del Cuerpo Administrativo, Juan Serón

(14) Su hermano Francisco, por aquellas fechas contador de navío de 2.ª clase y, con los años, general del cuerpo de Contadores de Marina, estaba casado con Josefina Rolandi Butigieg, tía bisabuela del autor de este artículo.

Primer asalto frustrado al fuerte de San Felipe. Las noticias de la insurrección en Cavite llegan a Manila. Medidas adoptadas y rápido envío de refuerzos

Iniciada la sublevación, y ante el fragor de los primeros combates, un buen número de oficiales de Marina que se encontraban en el núcleo urbano de Cavite acudió rápidamente al arsenal para incorporarse a sus respectivos destinos. Uno de ellos sería el joven teniente de Infantería de Marina José Sancho Méndez-Núñez —tío bisabuelo del autor de este artículo y, con los años, general de brigada de dicho cuerpo— (15), quien, revólver en mano y en compañía de otros oficiales, se dirigió al arsenal, atravesando la larga avenida que separaba el núcleo urbano de Cavite del recinto naval, bajo un nutrido fuego de fusilería que le hacían los rebeldes desde el fuerte exterior de San Felipe. La mayoría conseguiría su objetivo, aunque no todos, como sería el desafortunado caso del médico mayor y jefe de Sanidad del arsenal, Rómulo Valdivieso, que caería muerto durante el intento.

Hacia las 10 de la noche, el gobernador militar de Cavite, al frente de dos compañías del Regimiento de Infantería n.º 7, de La Princesa, y con apoyo de fuerzas de Marina, inició un primer y frustrado asalto al fuerte de San Felipe por su lienzo de muralla próximo a las puertas del arsenal, en el que cayeron muertos el alférez de navío Rafael Ordóñez, el contraamaestre, graduado de alférez de fragata, José Fernández Acebedo (16), que mandaba la guardia de la puerta exterior del arsenal y el capitán de la 2.ª Compañía del regimiento de Infantería n.º 7, Luis Vila, resultando heridos varios soldados. Al comprobar la dificultad de la acción, por la escasa fuerza atacante disponible y la decidida defensa que realizaban los sublevados desde sus ventajosas posiciones, se retiró a Cavite, dejando, como defensa exterior de las puertas del arsenal naval y para el auxilio de la cercana fábrica de tabacos defendida por carabineros, una guardia de 20 soldados de Infantería, al mando de un teniente. Durante toda la noche del 20 de enero, el fuego de fusilería y de cañón del sublevado fuerte de San Felipe —que contaba con 12 cañones de diferentes calibres— sobre el arsenal fue muy nutrido, siendo contestado, en todo momento, por las tropas leales.

Ya en Cavite, el gobernador militar recibió la visita del segundo ayudante de la plaza, teniente Agustín Vázquez, y del civil español, José Gómez, ofre-

(15) El teniente de Infantería de Marina, José Sancho Méndez-Núñez, sobrino del vicealmirante Casto Méndez Nuñez, el héroe de El Callao y tío bisabuelo del autor de este artículo, salvaría su vida, milagrosamente, durante estas jornadas, primero mientras atravesaba, bajo el fuego enemigo, la peligrosa avenida que le separaba de la puerta del arsenal donde caería herido mortalmente su compañero de travesía, el médico mayor y jefe de Sanidad del arsenal Rómulo Valdivieso, y, posteriormente, durante el asalto al fuerte de San Felipe, en el que participó al frente de fuerzas de la Marina por la parte de la muralla próxima al arsenal.

(16) En el último tercio del siglo xx, desde julio de 1977, un patrullero de la Armada española —el P-15, de 144 toneladas de desplazamiento y 36 metros de eslora— presta sus servicios con el nombre de patrullero *Acebedo*, en honor de este contraamaestre ferrolano muerto en los combates de Cavite, durante la noche del 20 de enero de 1872.

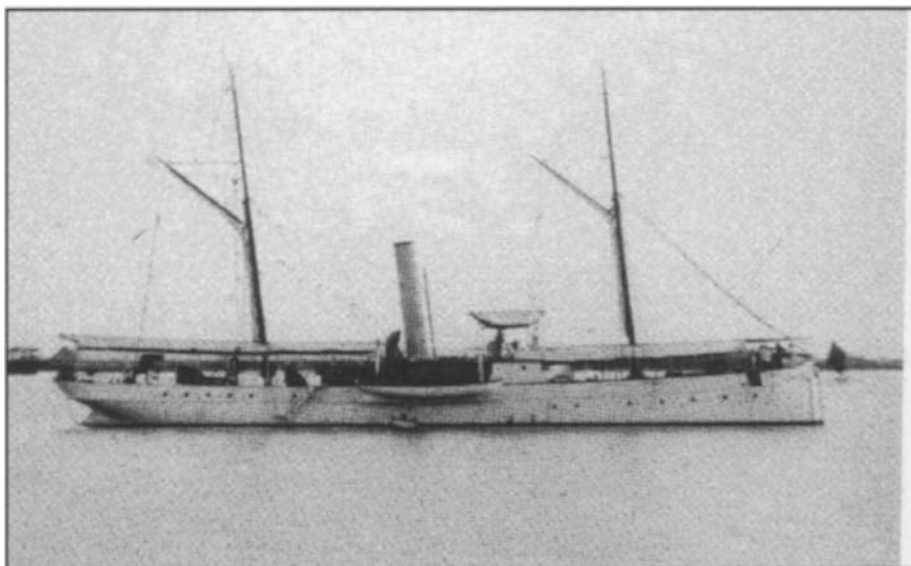
ciéndose a desplazarse a Manila para informar a las autoridades de la capital de lo que estaba sucediendo. Obtenida la autorización, los citados españoles se pusieron en camino en un coche de caballos y sin protección militar alguna, fueron interceptados y asesinados en el trayecto por una partida de nativos rebeldes.

Pero la noticia del alzamiento de Cavite terminaría llegando a Manila, en concreto hacia las doce y media de la noche y por medio de un parte que llevó en mano el comandante de Ingenieros de la Armada Manuel Guinart al jefe encargado de la Comandancia General de Marina, capitán de fragata Manuel Carvallo, quien, inmediatamente, hacia la una de la madrugada del 21 de enero, dio cuenta de los hechos al capitán general del archipiélago, Rafael Izquierdo, junto con la petición de envío urgente de refuerzos. Éste, y sin pérdida de tiempo, se dirigió en persona a la Real Fuerza de Santiago, principal fortaleza de la ciudad de Manila, para calibrar el estado de ánimo de su guarnición en su mayoría nativa, y al comprobar que ésta no secundaría la insurrección, ordenó al teniente gobernador, general Felipe Ginovés Espiner, que encabezara los regimientos filipinos n.º 1, del Rey y n.º 2, de la Reina que se dirigiera a Cavite para sofocar la sublevación de esta plaza, acompañados de respectivas dotaciones de artillería, ingenieros y servicios médicos.

Pocas horas después, y en la misma mañana del domingo 21 de enero, Manuel Carvallo embarcó en el cañonero *Balusan*, en compañía de algún personal de la capitania del puerto de Manila, y se dirigió por mar al arsenal de Cavite llevando consigo un importante cargamento de municiones. En el río Pasig de Manila dejó dos falúas armadas y otras embarcaciones menores; así como todos los vapores mercantes disponibles en el puerto con las máquinas encendidas *sobre la máquina*, por si resultaban necesarios para el transporte de tropas. Durante su ausencia de Manila, el teniente de navío retirado y ayudante de matrículas, Bonifacio Roselló, quedaría encargado, interinamente, de la capitania del puerto.

Llegada de los primeros refuerzos a Cavite y asalto final al fuerte de San Felipe

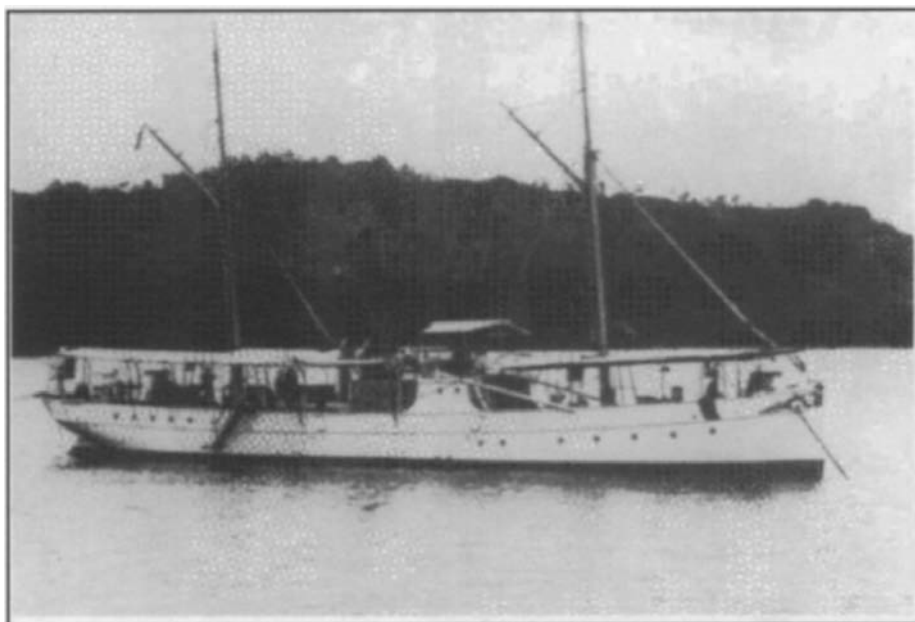
Al llegar al arsenal de Cavite, hacia las 11 de la mañana del día 21, Carvallo, que encontró ya perfectamente organizada la defensa del mismo, dirigida por su comandante general, capitán de fragata Luis Gaminde, procedió a pertrechar a sus defensores con la munición traída y a reforzar sus guardias con 25 marineros desembarcados del cañonero *Balusan* y de la capitania del puerto de Manila, que se apostaron en parapetos, desde los que se contestaba al fuego que se recibía del fuerte de San Felipe, con ayuda de dos cañones pedreros montados en puntos estratégicos del arsenal. Por la parte del mar, el cañonero *Samar* y otras embarcaciones menores quedaron encargadas de vigilar las avenidas del arsenal ante cualquier posible ataque por sorpresa que pudiera intentar el enemigo, así como de «rechazar a las muchas barcas que venían con gente armada de Bacor, a ayudar a los rebeldes».



Cañonero *Samar*, con casco de acero y 83 toneladas de desplazamiento. Armado con un cañón de 16 cm a proa y otro de 8 cm a popa, ambos rayados. Este cañonero realizaría la defensa por mar del Arsenal de Cavite, durante los sucesos del 20 al 22 de enero de 1872. Fotografía del libro *La Guerra del 98*. A. R. Rodríguez González.

Comprobado que los insurgentes permanecían refugiados en el fuerte de San Felipe y que no parecía probable una acción de éstos sobre el arsenal, hacia las cuatro y media de la madrugada Carvallo regresó a Manila, a bordo del cañonero *Balusan*, y allí se entrevistó, nuevamente, con el capitán general, al que informó del estado de la situación en Cavite y recomendó el pronto envío de las fuerzas de refuerzo, ya preparadas y listas para su inmediato traslado a Cavite.

Pocas horas después, hacia las ocho de la mañana del lunes 21 de enero, 800 hombres de los regimientos de Infantería filipinos n.º 1, del Rey, y n.º 2, de la Reina, al mando del general Ginovés, reforzados con cuatro piezas de artillería de 12 centímetros, con 30 artilleros españoles y 30 indígenas y sus correspondientes municiones y reservas, y algunas fuerzas de ingenieros y servicios sanitarios, embarcaron en tres vapores mercantes y se dirigieron a Cavite. Por su parte, Carvallo y el general Ginovés, acompañados del coronel jefe de Estado Mayor, José Rubí, el coronel comandante de Ingenieros de Manila, dos comandantes, dos ayudantes de campo y el teniente de navío de 1.ª clase Santiago Patero, se embarcaron en el cañonero *Balusan* y se adelantaron para identificar el punto más idóneo para efectuar el desembarco de las tropas, que se realizó, poco después, hacia las diez de la mañana, sin ninguna novedad. Al pasar frente al fuerte de San Felipe, el cañonero *Balusan* realizó



Cañonero *Arayat*, con casco de acero y 53 toneladas de desplazamiento. Armado con un cañón rayado de 12 cm a proa. En un cañonero similar a éste, el *Balusan*, el capitán de fragata Carvallo y el general Ginovés se desplazarían a Cavite en la mañana del lunes 21 de enero de 1872. Fotografía del libro *La Guerra del 98*. A. R. Rodríguez González.

tres disparos de cañón de intimidación sobre el mismo, que no fueron contestados por los insurrectos.

Los refuerzos desembarcados se dirigieron rápidamente a la población de Cavite, donde se alojaron en el cuartel del Regimiento n.º 7, procediendo inmediatamente a reforzar diferentes puntos de la población. El arsenal (con el que sólo existía comunicación segura por mar, al continuar su avenida de entrada por tierra totalmente bajo el fuego del fuerte sublevado) sería reforzado con 50 hombres del Regimiento n.º 1, que relevaron algunos puestos de la marinería, muy fatigada al estar bajo el fuego enemigo desde la noche anterior, y esa misma noche, con otros 50 hombres llegados desde Manila, mientras que otros 150 hombres del Regimiento n.º 1 pasaban a reforzar la cárcel, el cuartel de Infantería de Marina y la fábrica de tabacos.

Mientras tanto, a lo largo de todo el lunes 21, los sublevados del Fuerte de San Felipe quedaron totalmente rodeados y sitiados por las fuerzas gubernamentales, que ya hicieron algunas decenas de prisioneros y 24 muertos entre los rebeldes que intentaban fugarse del fuerte. El fuego de los sublevados se fue haciendo, poco a poco, menos intenso y, por el contrario, mucho más activo el de los sitiadores, quienes castigaban duramente a los sitiados con certeros dispa-

ros efectuados por tiradores selectos emplazados en los tejados de los edificios del arsenal y desde dos pequeñas piezas pedreras de artillería situadas en puntos estratégicos del mismo, a los que se unieron los disparos efectuados por la artillería naval del cañonero *Samar* que consiguieron desmontar varias piezas enemigas y producir varios muertos entre los sublevados. Por su parte, la artillería del fuerte sublevado también conseguiría alcanzar con sus disparos al arsenal y a las fuerzas atacantes, logrando, uno de sus disparos, atravesar la parte alta del costado del cañonero *Samar*, aunque sin consecuencias graves, y otro herir, de diferente consideración, a siete componentes de la guardia del arsenal.

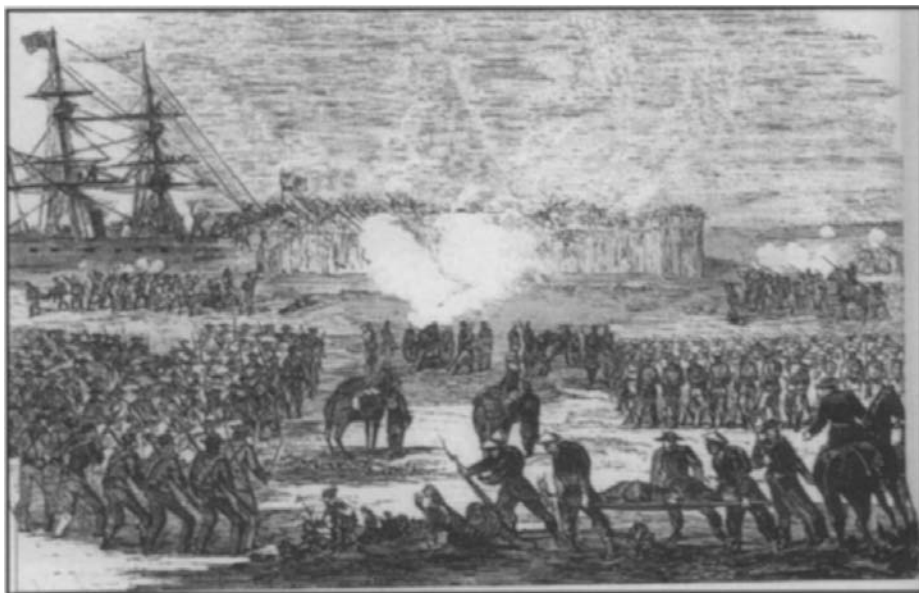
Durante esta jornada, destacaría la actuación del ya citado teniente de Infantería de Marina Ramón Pardo Pardo, quien se ofrecería voluntario para subir, con varios marineros, a los tejados de la Casa de la Comandancia del arsenal, desde la que batió, con sus certeros disparos de fusilería, a los servidores de una pieza de artillería enemiga emplazada frente a la misma y que había sido la responsable, pocas horas antes, de los impactos sobre el cañonero *Samar* y sobre la guardia del arsenal.

Todo estaba preparado para el asalto final, el cual no debía retrasarse mucho tiempo ante las noticias que acababan de recibirse sobre la posible llegada de 400 nuevos rebeldes, que, desde el vecino pueblo de Bacoor, se dirigían hacia Cavite para unirse a los sublevados. Para intentar evitarlo, el comandante jefe de la Guardia Civil de Manila se dirigió hacia Cavite, situando a sus fuerzas en posiciones que controlaban todas las avenidas de entrada a esta población.

La escasa respuesta de los sublevados desde el fuerte de San Felipe durante toda la tarde y la noche del 21 hacía presagiar que se encontraban ya muy desanimados y que su resistencia al asalto sería escasa, al comprobar que las tropas filipinas llegadas desde Manila no sólo no se habían unido a la sublevación, sino que, por el contrario, iban a encargarse de realizar el asalto final, pero, a pesar de ello, se transmitió, entre todas las fuerzas leales, la clara y contundente orden de apoderarse de la fortaleza a todo trance, «pasando a cuchillo, a cuantos insurrectos opusiesen la menor resistencia».

Finalmente, al amanecer, hacia las seis de la mañana del martes 22, las fuerzas gubernamentales iniciaron el ataque del fuerte de San Felipe de Cavite, que comenzó con un intenso fuego de artillería, con granadas explosivas, contra la puerta de la fortaleza —que consiguió batirse— y el interior del fuerte realizando un total de 84 disparos, 21 por pieza. A continuación, y al más clásico estilo decimonónico, hacia las seis y media de la mañana se dio la señal de asalto, al grito de *¡Viva España!* y a los aires del toque de «paso de ataque» entonado por las músicas de los regimientos.

El asalto fue rápido y, con la ayuda de escalas, de forma simultánea por distintos frentes, fue realizado por tres columnas de ataque, compuestas por compañías de los regimientos de Infantería 2.º y 7.º, mandadas y encabezadas por sus respectivos jefes peninsulares, a las que se unió una tercera, por el lienzo de muralla del arsenal, formada por fuerzas del Regimiento de Infantería n.º 1 y de la Marina. En esta tercera columna actuarían los tenientes de



Asalto a un fuerte de la época en Filipinas. Durante el asalto del fuerte de San Felipe de Cavite en la mañana del 22 de enero de 1872, y en las jornadas previas al mismo, se producirían 150 bajas, entre muertos y heridos, entre ellos 49 muertos de los sublevados y 24 de los asaltantes. Grabado de *El Mundo Militar*, 1861.

Infantería de Marina Ramón Pardo y José Sancho Méndez-Núñez, al frente de fuerzas de marinería, que consiguieron batir a varios insurrectos que intentaban huir por dicho sector, entre los que se encontraba el citado cabo 1.º indígena Justo Lindon, responsable de la muerte del teniente de Infantería de Marina Guillermo Herce, dos días antes.

La resistencia fue muy escasa y, en menos de media hora, hacia las siete de la mañana, la fortaleza había sido ocupada totalmente. No se hicieron prácticamente prisioneros durante el asalto, y la mayoría de los 35 rebeldes que todavía permanecían en su interior fueron *incontinenti pasados por las armas*, como refleja, clara y duramente, el informe oficial de los hechos (17). En su interior se encontraron los cadáveres de dos militares españoles, el teniente gobernador de la fortaleza y un sargento, junto con el de una criada filipina, asesinados por los sublevados en la noche del 20 de enero, así como, herida en una pierna, la esposa del oficial y, totalmente ileso, un fraile de la orden de San Juan de Dios, que fueron rápidamente liberados y atendidos. La insurrección de Cavite había acabado.

(17) Informe del comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas al ministro de Marina y vicepresidente del Almirantazgo, ya citado.

Balance de los hechos

Valoración general

La insurrección de Cavite tan sólo había durado 35 horas —desde las ocho de la noche del sábado 20 de enero de 1872, hasta las siete de la mañana del lunes 22— y, desde todo punto de vista, había constituido un completo fracaso para los sublevados.

El primer fracaso fue el político, al no conseguir sus dirigentes y organizadores que se llevaran a efecto los iniciales planes de sublevación general en Manila, Cavite, Bacoor y otros puntos de la isla de Luzón —provincias de Manila, Cavite, Laguna y Batangas—, y que solamente se materializará en la plaza de Cavite, y además de forma precipitada e incompleta. La trama civil no se vio prácticamente por ninguna parte, incluidos los 500 civiles armados comprometidos por Eduardo Camerino que no aparecieron en ningún momento de la insurrección, salvo, de forma muy reducida, en las pequeñas embarcaciones que fueron dispersadas frente al arsenal naval, en la tarde del día 21.

Resultó evidente, que el supuesto deseo generalizado de los filipinos de la época por alcanzar su independencia (comprensible, por otro lado, como el de cualquier pueblo colonizado y marginado del control de su gobierno) no era real o no estaba todavía suficientemente maduro y extendido, como se comprobaría en esta ocasión e, incluso, un cuarto de siglo después, durante el proceso final de independencia de 1896-1898. El respaldo de la mayoría del pueblo filipino a la insurrección fue prácticamente nulo, salvo casos muy concretos y, en su mayor parte, más relacionados con intereses particulares que con verdaderos deseos de emancipación, siendo muchos más los filipinos que se mantuvieron fieles a las autoridades españolas que los que siguieron a los sublevados.

Desde el punto de vista militar, el fracaso también sería total. Faltó organización, compromiso real y masivo de las fuerzas nativas de las dos principales guarniciones del archipiélago, Manila y Cavite, y un mando militar preparado y unificado de la sublevación, a lo que, indudablemente, se uniría la adecuada respuesta de las autoridades españolas, que con sus oportunas medidas preventivas, muy posiblemente restaron muchos comprometidos iniciales a la insurrección y frustraron la prevista sublevación en la capital, Manila, que resultaba totalmente imprescindible para el pretendido triunfo final de la insurrección.

Las supuestas implicaciones masivas de las fuerzas nativas finalmente no se materializaron, por permanecer, en su totalidad, fieles a las autoridades españolas del 1.º y 2.º Regimientos de Infantería de la capital, Manila y del 7.º Regimiento de Infantería en Cavite, así como prácticamente toda la marinería indígena. Solamente respondieron a la sublevación, las escasas fuerzas de artillería de la fortaleza de San Felipe y una parte de las tropas de Infantería de Marina que permanecían en su cuartel de Cavite. En total, poco más de dos centenares de hombres, a los que les fallaron el resto de los supuestos implicados, entre ellos los 500 civiles armados comprometidos por el dirigente Eduardo Camerino.

Por el contrario, por parte española, y en esta ocasión, todo fueron aciertos, lo cual no deja de sorprender dada la precaria situación de sus fuerzas disponibles, en su mayoría indígenas o desplazadas con motivo de la expedición a Joló. Los aciertos comenzarían con el buen uso de la información secreta y anónima recibida varios días antes de la insurrección y con la adopción de una serie de oportunas medidas preventivas que, sin duda, desanimaron a muchos posibles comprometidos y restaron posibilidades de éxito a los finalmente implicados. A este primer acierto, seguiría la adecuada y rápida actuación de las autoridades militares del archipiélago. Fue un verdadero éxito la actuación del capitán general del archipiélago Rafael Izquierdo, consiguiendo la fidelidad de las fuerzas indígenas de los regimientos de Infantería en Manila que resultaron vitales a la hora de enfrentarse a los sublevados, así como la del diligente gobernador militar de Cavite y de todas las fuerzas de Marina, especialmente del jefe encargado, interinamente, de la Comandancia General de Marina del archipiélago, capitán de fragata Manuel Carballo, y del comandante del arsenal de Cavite, capitán de fragata Luis Gaminde, que actuaron con extraordinaria celeridad y acierto, a pesar de sus escasos medios disponibles. No hay que olvidar que, durante la sublevación de Cavite, el verdadero peso de los combates lo soportaron, en ambos bandos, las propias tropas filipinas nativas. Salvo los mandos, en su totalidad peninsulares o «europeos», como se decía en la época, la tropa era básicamente nativa y su fidelidad a las autoridades españolas siempre resultaba dudosa y dependía, en la mayor parte de los casos, de su relación personal con sus mandos directos.

En lo referente a la Marina de Guerra, su actuación sería especialmente encomiable y singularmente valerosa, siendo el comportamiento de sus mandos en la defensa del arsenal, sin excepción alguna, decisivo y digno de engrosar las páginas más gloriosas de la historia de su cuerpo, como lo demuestran el importante número de bajas que registró durante los hechos, y los elogiosos comentarios que recogió en su informe el capitán general del archipiélago, en el que resaltó «El comportamiento de todas las clases de la Armada fue el que correspondía a los buenos y leales servidores de España: jefes, oficiales, contramaestres y marineros, todos rivalizaron en valor, abnegación y patriotismo, del mismo modo que lo hizo el ejército que combatió á su lado» (18).

Estimación de bajas y primeras medidas adoptadas

De acuerdo con los informes emitidos por las autoridades militares del Ejército y de la Marina del archipiélago, durante los duros combates de los días 20 a 22 de enero de 1872 se produjeron cerca de 150 bajas, entre muertos

(18) Informe del gobernador general de Filipinas, general Rafael Izquierdo, al ministro de la Guerra, emitido el 31 de enero de 1872. *La Gaceta de Madrid*, n.º 84, 24 de marzo de 1872.

y heridos. Los sublevados fueron los que llevaron la peor parte, con 49 muertos —una treintena de ellos en el asalto final al fuerte de San Felipe— y prácticamente ningún herido, debido a que, en su mayoría, fueron rematados durante los combates; mientras que las fuerzas gubernamentales sufrieron 24 muertos —un jefe, 9 oficiales, un suboficial y 13 soldados y marineros—, junto con 62 heridos de diferente consideración —9 oficiales y 53 soldados—.

Las fuerzas del Ejército sufrieron medio centenar de bajas, entre las que se contaron 9 muertos —4 oficiales y 5 individuos de la clase de tropa— y 43 heridos de diferente consideración —6 oficiales y 37 individuos de la clase de tropa—. Los oficiales fallecidos fueron el 2.º ayudante de Estado Mayor de plazas, Agustín Vázquez Hidalgo; el capitán de la 2.ª Compañía del Regimiento n.º 7 de La Princesa, Luis Vila; el alférez del mismo regimiento Manuel Montesinos, y el teniente de Artillería, Nicolás Rodríguez.

Por su parte, las bajas de la Marina, entre muertos y heridos, ascendieron a una treintena, resultando 15 muertos —un jefe, cinco oficiales, un suboficial y ocho individuos de la clase de marinería y tropa—, así como 19 heridos de diferente consideración. Entre los fallecidos se encontraban el médico mayor y jefe de Sanidad del arsenal, Rómulo Valdivieso; el oficial 1.º del Cuerpo Administrativo de la Armada, Ángel Baleato; el capitán de Infantería de Marina, José Torres Silva; el alférez de navío, Rafael Ordóñez; el teniente de Infantería de Marina, Guillermo Herce; el contraamaestre, graduado de alférez de fragata, José Fernández Acebedo y el sargento 1.º de Infantería de Marina, Miguel Gómez Herrera. Entre los heridos, el teniente de navío de 1.ª clase, Pascual Aguado; el capitán de Infantería de Marina, Santiago Sandes; el teniente del mismo cuerpo, Ramón Pardo, y 16 individuos más de la clase de tropa y marinería.

Todos los muertos y los heridos serían trasladados al «taller de recorrida» del arsenal mientras duraran los combates, y atendidos por el jefe de sanidad del establecimiento, Juan Mendoza, y posteriormente, finalizada la sublevación, al hospital de Cavite, en cuyo cementerio se dio sepultura a los fallecidos —49 insurrectos y 24 de las fuerzas leales—.

También cabría destacar, y así se recoge en el informe emitido el 5 de febrero de 1872 al Almirantazgo por el comandante general accidental de Marina del apostadero de Filipinas, Manuel Carballo, la brillante actuación durante los hechos, de diferente personal de la Armada, como fueron los casos del capitán de fragata Luis Gaminde, el teniente de navío Domingo Caravaca, los alféreces de navío Eulogio Merchán, Gabriel Lessenne y Eduardo García de Cáceres, el oficial del Cuerpo Administrativo Juan Serón, el condestable José Garsón, los contraamaestres Luis López García y Jesús M.ª Manzo Pereira, los tenientes de Infantería de Marina Ramón Pardo y José Sancho Méndez-Núñez y los sargentos del mismo cuerpo Manuel Conejero y Antonio Lozano.

Recuperado el fuerte de San Felipe, bajo cuyo fuego se había encontrado sometido el arsenal durante toda la insurrección, el establecimiento volvió a recuperar, en pocos días, su casi normal funcionamiento, solamente alterado

por algunas medidas precautorias que se mantuvieron durante varias semanas, ante «la eventualidad remota de nuevos trastornos», procediéndose a reparar de inmediato, por los ingenieros de la Armada, los escasos desperfectos sufridos en las instalaciones. La artillería y las municiones llegadas desde Manila, fueron reembarcadas en las goletas *Filomena* y *Animosa*, dejándose *lista de máquina* la primera, por si se hacía necesaria una nueva intervención, y la segunda para que pudiera utilizarse como batería, aunque remolcada por otro buque.

Por su parte, el grueso de las fuerzas del Ejército llegadas desde Manila regresó a la capital en los siguientes días, con la salvedad de dos compañías de cada regimiento, que permanecieron en Cavite durante unos pocos días más, como refuerzo de la guarnición, del arsenal y de la recuperada fortaleza de San Felipe, y de otras dos compañías, que, al mando del coronel de la Guardia Civil de Manila, recorrieron los pueblos vecinos de la provincia de Cavite, deteniendo a posibles sospechosos y en prevención de posibles alteraciones del orden público.

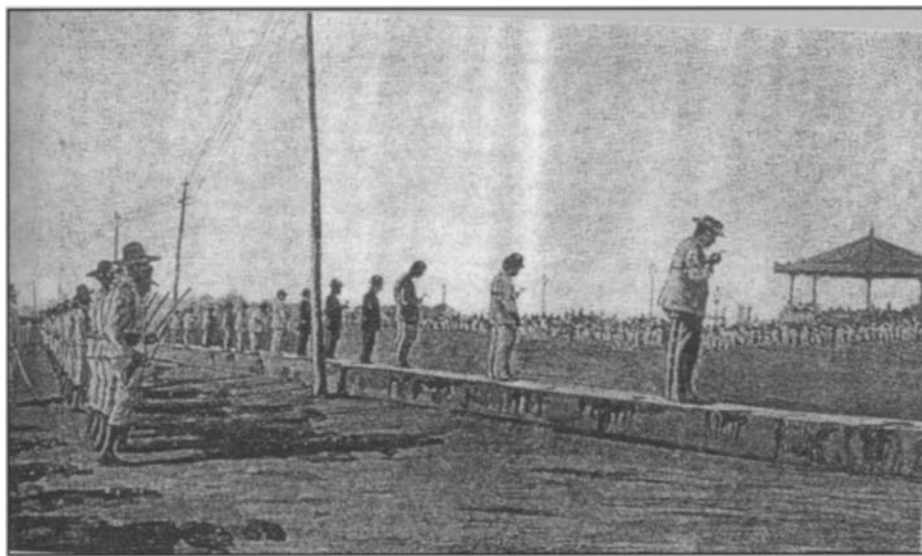
Prisiones realizadas, juicios sumarísimos, condenas, cumplimiento de sentencias e indultos finales

A las detenciones y apertura de sumarias a los 71 prisioneros rebeldes, apresados durante la insurrección y los posteriores combates —unos procedentes del arsenal y otros de la fortaleza de San Felipe—, y de otros 14 individuos del Regimiento de Artillería de Cavite, considerados *cómplices e instigadores de la rebelión*, se unirían, en los siguientes meses, medio centenar de civiles supuestamente implicados en los hechos, entre los que se encontraban algunos militares y personal de la Maestranza de la Armada, como el maquinista de la marinería Regino Cosca, el escribiente del arsenal Vicente Generoso y el cabo 1.º del Regimiento de Infantería Teodoro Real (19).

Los primeros consejos de guerra celebrados *en caliente*, el 26 de enero, contra los implicados directamente en la insurrección armada, fueron rápidos y, a pesar de las escasas pruebas disponibles sobre algunos de los implicados, la débil defensa presentada por los abogados defensores, unido al evidente deseo de enviar un claro mensaje de dureza ante cualquier posible nuevo intento insurreccional, terminó propiciando el que se dictaran 41 duras sentencias de muerte, 28 de las cuales fueron, finalmente, conmutadas por el general gobernador y reducidas a diez años de *prisión con retención*, al estimar éste ya muy elevada la mortandad habida durante los combates y ser suficiente la ejecución de 13 implicados *para servir de saludable escarmiento*.

(19) JOVER ZAMORA, José M.ª: *La Era Isabelina y el Sexenio Democrático II*. Editorial Espasa Calpe, S.A. Madrid, 1981, p. 1203.

A las primeras sentencias a muerte, que se cumplirían a primeras horas de la mañana del 27 de enero —9 en Manila y 4 en Cavite—, seguirían, el 15 de febrero, otras tres nuevas sentencias a la pena capital (a garrote vil) y más de una veintena de condenas de entre ocho y diez años de prisión mayor, que se cumplirían en las islas Marianas. Estos últimos condenados a la pena capital fueron los presbíteros filipinos José Burgos, Mariano Gómez y Jacinto Zamora, de los que se solicitó la previa degradación canónica al arzobispo de Manila, Gregorio Melitón Martínez, que denegó la solicitud y, por el contrario, rogó el indulto de los condenados, apelando «a los sentimientos misericordiosos del gobernador general». La contestación de éste fue inmediata y rotunda: «¡Que Dios les perdone en el cielo! Aquí, en la tierra, su crimen ha sido tan grande y la ley les condena a un castigo severo y ejemplar, en justa satisfacción de los sagrados intereses que han afrentado» (20). Finalmente, las tres nuevas sentencias a la última pena fueron ejecutadas a las ocho de la mañana del 17 de febrero, en el campo de Bagumbayan, hoy Parque Rizal.



Fusilamientos de condenados filipinos en el campo de Camarines, en las afueras de Manila, a finales del siglo XIX. Grabado del libro *La Guerra olvidada de Filipinas, 1896-1898*. Andrés Más Chao.

Un año más tarde, y tras proclamarse la 1.^a República en España el 11 de febrero de 1873, un decreto del nuevo gobierno republicano de 19 de marzo de 1873 aprobó la revisión de las causas y siete meses después, el 23 de octubre del mismo año, la conmutación de las sentencias por el confinamiento de

(20) MOLINA, Antonio M.: *Ob. cit.*, p. 255.

los condenados en la isla de Ibiza y en el penal de Cartagena. Los afectados no aceptaron la nueva resolución y reclamaron el indulto definitivo, que finalmente se les concedería siete meses más tarde, el 31 de mayo de 1874, aunque, y por petición del nuevo gobernador general del archipiélago José Malcampo, con la prohibición expresa de regresar a las Filipinas, que, incluso, terminaría levantándose dos años después, el 18 de abril de 1876.

En menos de cinco años se había cerrado el espinoso tema de los implicados en la insurrección de Cavite de enero de 1872, que constituyó un primer y tímido intento de reivindicación por las armas del movimiento independentista filipino, que no volvería a reactivarse hasta casi un cuarto de siglo más tarde (agosto de 1896), en que comenzó una nueva sublevación contra los españoles, en la que los conspiradores del denominado Katipunan realizaron varios ataques contra guarniciones de las provincias de Manila y Cavite, incluidas sus capitales, que dejaron como resultado un importante número de muertos y heridos. Dos años más tarde, en el aciago año 1898, la desastrosa guerra contra los Estados Unidos, propiciaría, nuevamente, la insurrección de los filipinos y la pérdida definitiva del archipiélago, pasando a soberanía norteamericana, de una vieja a una nueva dependencia colonial hasta medio siglo más tarde, en julio de 1946, en que las Filipinas obtendrían su tan esperada y demandada independencia definitiva, tras una dura y larga guerra independentista contra los nuevos colonizadores norteamericanos y una, todavía más dura, invasión japonesa, durante la Segunda Guerra Mundial.